

¡Pero qué nos pasa!

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

LOS españoles encontramos en las tabernas el mejor de los parlamentos. En ellas hemos arreglado el fútbol, los toros, la política, la sociedad local, la economía... No dejamos piedra sin remover en tan ilustres foros, en busca de la verdad incontestable que, por mucho que se oculte, encontramos y proclamamos con rotundidad. Nada se resiste al escrutinio del contertulio más o menos etílico que, ora quedamente, ora a voz en grito, pontifica -pontificamos- asistido del sagrado derecho de opinar y, tantas veces, del más osado atrevimiento, permítanme el pleonasma.

Me encuentro en uno de esos establecimientos, dispuesto a comer. La tele está en marcha y dan algo del debate entre los candidatos socialistas a su Secretaría General: dime y diretes en los que no entro. Para eso

está el tabernero que, desde la barra, se dirige rotundo a un servidor, al que no conoce de nada: «¡Jesús, si ni entre ellos se ponen de acuerdo. Son todos iguales. Lo que quieren es mandar. ¿Y sabe usted para qué? Para trincar, claro, los de derechas y los de izquierda». Y el comensal, vaya por Dios, le advierte que no todos son unos chorizos. «Que sí, hombre, que sí. Si lo sabré yo. Ahora, que eso se acababa de momento». Expectación ante el interlocutor. «Mire, al que trinquen, que pague. Y si no paga él, sus familiares». Hombre, -intento aportar mi modesta opinión- si hay alzamiento de bienes, o se demuestra algún tipo de fraude... Y el de la barra, erre que erre: «Para estos, nada presunción de inocencia. Que les intervengan los teléfonos a todos...». Pero, ¡qué barbaridad!, ade-

más se necesita permiso del juez. «Que no, que no. ¿No siguen los periodistas a los famosos por todas partes?». Pero no entran en su casa, y la intervención de un teléfono es una intromisión en la intimidad que sólo puede justificarse por causas graves. «¡Bah! Nada, a por ellos. Que paguen».

Resignación. Dejo la conversación, no tengo gana de más cháchara, pido la cuenta y salgo pronto, algo estomagado con estas tesis facilonas. El «esto lo arreglo yo con la punta de la nariz» va en nuestro carácter. Tanta vehemencia en las fórmulas nos impide la apreciación de la propia viga. De modo que, en alguna ocasión, hastiado, he lanzado un reto a mis interlocutores: «A ver: ¿quién no se pirra por una factura sin IVA? ¿Quién no conoce a alguien que cobra el paro y hace chapuzas?, etcétera, etcétera. ¿Y, de dónde salen nuestros políticos?». Silencio.

Me preocupa mi tabernero de hogaño: ¿se da cuenta este buen hombre de que, en el fondo, clama por un estado policial, sin derecho, y que eso, siempre, se vuelve en contra del ciudadano? Oigan, ¿de verdad nos hemos enterado de qué cosa es la democracia? En el fondo, pienso, los partidos que se sostienen en la demagogia no dejan de ser como tabernas políticas. Así nos luce el pelo. Creo.